

COSME. ¡Engañarme! No es eso lo que quiero decir... antes me quejo de su franqueza. ¿Por qué ha tenido tanta confianza, ó por qué no la ha tenido completa? Sí; porque... ella ha sido, (*A media voz.*) ella misma, la que me ha confesado... ahora... que prefiere, que ama á otro.

CARL. (*Fuera de sí.*) ¿Qué oigo? ¡Cielos! ¿Y lo ha sufrido usted, y lo sufre usted todavía?

COSME. Carlos, tú, que hace poco me encargabas la moderación...

CARL. Es que yo soy quien debe castigar semejante ultraje.

COSME. (*Deteniéndole.*) ¡Carlos, amigo mío!

CARL. Déjeme usted. ¡Estoy furioso!

COSME. No saldrás de aquí... lo exijo; lo mando.

CARL. Es inútil... su nombre nada más... su nombre.

COSME. He ahí precisamente lo que yo no sé... lo que se ha negado á confesarme. Pero sospecho que es el vizconde.

CARL. ¡El vizconde!

COSME. A eso salía cuando has entrado; á averiguarlo, á hacérselo confesar á él mismo.

CARL. ¿Qué dice usted? ¿Iba usted á comprometer á su mujer? Por otra parte, es un error. El vizconde tiene otras miras, lo creo al menos... ¿Y por parte de mi tía qué motivos tiene usted para sospechar...?

COSME. Escucha... Es un hombre á quien teme... de quien quiere huir... Ya varias veces antes de ahora me había hablado de un viaje... pero de una manera vaga, sin insistir... Pero hoy ha sido con empeño... me lo ha rogado... ¡al instante, dice...! Preciso es, pues, que hoy mismo, esta mañana, hace poco, la presencia de alguien haya despertado esos sentimientos en su corazón y la haya decidido á hacerme una confesión de esa especie.

CARL. ¡Cielos!

COSME. ¿Tú sabes acaso...?

CARL. No, nada.

COSME. Pues bien, yo lo sabré... Preciso será que me lo diga; de lo contrario, infeliz... No me conoce.

CARL. Por Dios, cálmese usted.

COSME. Dices bien: podría echarlo todo á perder, conozco que yo no haré más que desatinos. Pero tú, tú que eres nuestro amigo, tú tendrás acaso más ascendiente, más talento... es preciso que la hables.

CARL. ¡Yo!

COSME. Por su mismo interés, aconséjala que

me lo diga; si cede, no hay cosa que yo no pueda hacer por ella; pero si se resiste, hazle ver que la paz de nuestro matrimonio, que nuestro porvenir, que toda nuestra felicidad pende sólo de eso. En fin, Carlos, fío en tí, arrégalo lo mejor que puedas... ¿Me lo prometes? ¿sí...? adiós, Carlos, adiós. (*Se entra por la izquierda.*)

ESCENA XIV

CARLOS

¡No puedo explicarme lo que pasa por mí! Pero, á pesar mío, se ha deslizado una idea en mi corazón, una idea que me haría el más feliz de todos los hombres, ó acaso el más desgraciado. No, no, no es posible... ¡no quiero pensar en ello! ¿Yo criminal? Jamás; yo propio me daría el castigo. ¡El exceso mismo de mi felicidad me mataría! (*Va á salir á tiempo que entra doña Ana.*) ¡Es ella!

ESCENA XV

DOÑA ANA, CARLOS

ANA. ¡Yo muero de impaciencia!... Mi marido... Es preciso verle... ¡Cielos! ¡Carlos! (*Dejándose caer sobre un sillón.*) ¡Dios mío!

CARL. Señora, ¿qué tiene usted?

ANA. Nada... no quiero nada... quiero estar sola.

CARL. ¿Cómo he de abandonarla á usted en ese estado?

ANA. No tengo nada; (*Esforzando una sonrisa.*) acababa de tener con tu tío una explicación, en la cual la razón estaba sin duda de su parte.

CARL. No creo...

ANA. (*Admirada.*) ¿Quién te ha dicho...?

CARL. El mismo, que acaba de confiarme la causa de sus penas.

ANA. ¿A tí...? ¡Santo Dios! (*Conteniéndose y procurando disimular.*) Espero, Carlos, que conociendo, como yo, el genio de tu tío, y sus arrebatos, no darás crédito á ideas cuya falsedad no tardará él mismo en conocer.

CARL. Señora, sólo creo que usted merece el respeto del mundo entero, y que es usted la misma virtud.

ANA. ¡Ah! estoy lejos de merecer esos elogios.

CARL. Y muchos más todavía.

ANA. ¿De qué lo sabes?

CARL. Todo lo demuestra... todo lo prueba... y yo, por mi parte, muy otro ya de lo que era esta mañana, probaré en lo sucesivo, no á igualarla á usted, eso fuera imposible... pero al menos á imitarla, á seguir de lejos sus huellas.

ANA. ¿Qué dices?

CARL. Que ahora ya puedo morir, he agotado en un solo instante toda la felicidad que podía experimentar en la tierra... nada tengo ya que desear, nada que envidiar. Dígame usted solamente que mi corazón ha adivinado el suyo.

ANA. (*Levantándose espantada.*) ¡Ah! ¿Habrá vendido mi secreto?

CARL. No... ese secreto le pertenece á usted todavía. Nada ha dicho usted; nada sé... he podido equivocarme en tanto que vuestros labios no han destruído ni confirmado mis sospechas, pero, sea cual fuere su fallo, todo lo olvidaré, lo juro... todo... excepto el honor y la gratitud.

ANA. Pues bien, pruébame.

CARL. Dócil á las órdenes de usted, las espero.

ANA. Esta mañana me decías: «Si fuese amado, huiría al fin del mundo.»

CARL. Lo he dicho; es cierto.

ANA. Partid.

CARL. (*Arrojándose hacia ella.*) ¡Ah! ¿Qué acabo de oír?

ANA. Ni una palabra más, conozco mis deberes, tú conoces los tuyos. Cualesquiera que sean mis órdenes, me has prometido obedecerme, y, si fueses capaz de vacilar un solo momento, dejarías de ser temible para mí.

CARL. Obedeceré. No hay sacrificio de que no me sienta capaz. Tengo felicidad bastante ya para toda mi vida. Mi tío...

ESCENA XVI

Dichos, DON COSME, y luego EL VIZCONDE é ISABEL

COSME. (*A Carlos.*) ¿La has hablado? ¿La has decidido á no tener secretos para mí?

ANA. Sí; estoy decidida: todo lo sabrás.

COSME. ¡Ah! querido Carlos, ¡qué agradecido debo estarte! En cambio te prometo cuanto exijas: habla, dicta condiciones. Sepa yo su nombre, y consiento en todo...

ANA. ¡Bien! Tus sospechas se habían fijado en el vizconde.

COSME. Ciertamente... y todavía...

ANA. Silencio: él es. (*Entra el vizconde dando la mano á Isabel.*) Para probarte hasta qué punto estabas equivocado, y para desvanecer completamente en tu imaginación semejantes ideas, exijo en primer lugar que consientas en su boda con Isabel, á quien ama, y de quien es amado.

COSME. ¿Yo consentir?

ANA. ¿Empiezas ya á faltar á tu palabra?

COSME. No; pero eso es cuenta de mi sobrino, á quien yo la destino, y que no sufrirá jamás, según creo... (*El vizconde mira á Carlos, que le coge la mano y le tranquiliza.*)

ANA. Carlos me ha dado ya su consentimiento. Pregúntale sino.

COSME. ¿Es posible?

CARL. Sí, querido tío. (*Bajo al vizconde.*) ¿No te lo dije?

VIZ. (*A Carlos.*) ¡Querido amigo!

ISAB. ¡Carlos!

COSME. (*A Carlos.*) ¿Y tú también? Puesto que lo he prometido, y que se abusa de esta manera de mi palabra...

CARL. Para hacer felices á dos amantes.

COSME. Enhorabuena, que lo sean, si pueden. Quedándome mi sobrino, ¡me consolaré!... (*A doña Ana.*) ¿Es eso todo?

ANA. No, no es Isabel la única persona por quien tengo que hablar. Tengo que pedir para Carlos.

COSME. ¿Y por qué no habla él mismo?

ANA. No se atreve, y me ha dado á mí esa comisión.

COSME. (*Asombrado.*) ¿No se atreve?... ¿Qué diablos?

ANA. Es natural que á su edad busque medios de instruirse, de ver mundo; hace tiempo que tiene proyectado un viaje.

COSME. (*Furioso.*) ¿Cómo? ¿Más viajes? ¿Qué quiere decir esto?

ANA. He ahí lo que le impedía hablar, el temor de incomodarte; sin embargo, ese es el secreto que le hace desgraciado, y, si le quieres, no te negarás por más tiempo á sus ruegos, y á los míos.

CARL. Sí, tío mío; es preciso: y si me negáis esa gracia...

COSME. ¿Te atreverías á marcharte á pesar mío? (*A media voz.*) ¿Cómo, Carlos, quieres abandonarme? ¿y tú has podido concebir una idea semejante? ¡Voto va! ¡qué va á ser de mí! (*Mirando á doña Ana.*) ¿A

quién confiaré mis penas? ¿Qué significa esa comezón de viajar, ese vago deseo de ver tierras? ¿Hallarás otra en que seas más querido que en ésta? ¿por ventura yo y tu tía no te sabemos hacer feliz? Enhorabuena; aumentaremos nuestro cariño: sólo te pido en cambio, Carlos, que permanezcas á mi lado; quédate, hijo mío, quédate.

CARL. ¡Ah, querido tío!

COSME. ¡Cede! ¡Se enternece! (*Al vizconde y á Isabel.*) Amigos míos, ayudadme. (*A doña Ana.*) Y tú también, estás ahí sin decir nada; no parece sino que tienes deseos, interés en que se vaya.

CARL. No insista usted, tío mío; mientras más me abruma usted de bondades, más conozco que debo ratificarme en mis proyectos.

COSME. ¡Qué dices!

CARL. No tengo otro modo de pagar sus beneficios; este viaje no será inútil para usted. En lugar de un dependiente, en lugar del cajero don Jorge, que nunca podrá mirar con grande interés sus especulaciones de usted, yo seré el que las haré prosperar. Yo iré en su lugar.

COSME, ANA é ISABEL. ¡Cielos!

COSME. ¡Quieres ir hasta la Habana!

CARL. Sí, señor.

COSME. ¡Y los peligros de la travesía! ¡y la mudanza de clima! ¡si cayeses enfermo!

CARL. ¡Qué importa! (*Con alegría.*) ¡Soy amado!

COSME. Y aunque te librases de tantos riesgos, dentro de algunos años, á tu vuelta, si el médico tenía razón, acaso ya no me encontrarás.

CARL. ¡Qué dice usted!

ESCENA XVII

Dichos, RODRIGUEZ

ROD. (*A don Cosme.*) Señor, don Jorge me envía á decir á usted si tiene alguna otra cosa que mandarle: la silla de posta está abajo enganchada y pronta á partir.

CARL. (*A Rodríguez.*) ¿Y don Jorge, dónde está?

ROD. Abajo con su mujer, que llora y se desespera.

CARL. ¡Otro más á quien hacer feliz! (*A Rodríguez.*) Dile que se quede... que yo voy

en su lugar. Aun es hora; con la misma silla iré á mudar el pasaporte, y que me envíen á Cádiz mi equipaje.

ROD. ¡Usted, señorito!

CARL. Anda aprisa. (*Vase Rodríguez.*)

COSME. ¡Es decir que no hay modo de detenerte!

CARL. Adiós... (*Tendiendo la mano á todos.*) quédese aquí cuanto me interesa, cuanto me es caro.

ANA. Carlos, eres un hombre de bien.

COSME. ¡Pardiez! ¡Y quién lo duda! (*Mirando á doña Ana, que se vuelve.*) ¡Ah! ¡ella también llora! ¡gracias á Dios! Pensé que le veía marchar tranquilamente sin echar una lágrima.

CARL. (*A don Cosme.*) ¡Adiós, tío mío, padre mío!

COSME. ¡Ah! ¡ingrato! (*Vuelve la cabeza hacia Isabel y el vizconde, y se aparta con ellos mientras que Carlos se acerca á doña Ana.*)

CARL. (*A doña Ana.*) ¿He cumplido con mi deber?

ANA. Sí. (*Don Cosme se sienta en un sillón, abrumado de dolor, y el vizconde é Isabel á su lado tratan de consolarle.*)

CARL. A usted lo debo, (*Con gozo.*) y parto feliz sin remordimientos. (*Doña Ana le tiende la mano.*)

CARL. (*Cogiendo su pañuelo.*) ¡Ah! Está empapado en sus lágrimas; nunca me separaré de él, ¿lo consiente usted? (*Doña Ana abandona el pañuelo. Carlos le oculta en su seno y corre hacia el fondo.*) ¡Adiós, no me olviden ustedes, y sean felices! (*Vase, y salen tras de él Isabel y el vizconde.*)

COSME. (*Tendiéndole los brazos.*) ¡Carlos! ¡hijo mío! ¡Oh! ¡Ya partió! (*Queda solo con doña Ana; después de una ligera pausa se levanta y se acerca á ella.*) Tú lo has querido; he obedecido en todo, he consentido en su boda, más aún, en esa partida. Ahora, te toca á tí, reclamo tu palabra. Su nombre. (*Con cólera reconcentrada.*) ¿Quién es ese hombre? (*Se oye el ruido de un carruaje en el patio que arranca: este ruido estremece á don Cosme, que se pone una mano en el corazón.*) Habla, su nombre. ¿Dónde está?

ANA. (*Tendiendo los brazos hacia la parte donde se ha oído el carruaje.*) ¡Ya ha marchado! (*Don Cosme lanza un grito y esconde la cabeza entre sus manos.*)



¿TU AMOR Ó LA MUERTE!

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

PERSONAS

M. MONVEL, agente de negocios
CLOTILDE, su mujer
SAUVIGNY

HORTENSIA DE VARENNES,
viuda joven
FERNANDO DE RANCE, su
hermano

La escena es en Ruan.

ACTO UNICO

El teatro representa una sala de una fonda. Puerta en el fondo. A cada lado, en primer término, puertas numeradas. Más allá de la puerta, á la derecha del actor, un balcón largo que se ve de adentro. Entre el balcón y la puerta una papelera. Cerca de la puerta de la izquierda una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA

MONVEL, CLOTILDE. (Acaban de almorzar: un mozo les sirve.)

MON. Decididamente, querida mía, cada vez me alegro más del rodeo que hemos dado

por venir á esta hermosa ciudad de Ruan, que no habías visto. Estas fondas del muelle no tienen nada que envidiar á las más lujosas de París. Salones bien adornados, hermosas vistas, y muy bien servidos. ¡Excelente almuerzo! *(Bebe, y al dejar la taza echa de ver que Clotilde está distraída y no toca á la suya.)* ¿En qué piensas?

CLOT. *(Volviendo en sí.)* ¡Yo! en nada. Dime, ¿á qué hora nos pondremos mañana en camino?

MON. He dispuesto que nos tengan prontos los caballos para las ocho: por consiguiente tenemos toda una noche para descansar. Pero eso no explica la causa de tu distracción. ¿Estás triste?

CLOT. No; no tengo nada.

MON. ¡Oh! sí, sí. Se me figura que tu tristeza empezó dos ó tres días antes de nuestra partida de Bolonia. Me parece, sin embargo, que yo hago cuanto está de mi parte por distraerte: te gusta viajar, y todos los veranos emprendemos un viaje... este año hemos ido á tomar los baños de mar en Bolonia: el año pasado fuimos á Italia: hace dos años á las aguas de Bañeras.

CLOT. (*Con viveza.*) ¡Oh! por Dios, te suplico que no me recuerdes nunca las aguas de Bañeras.

MON. Dices bien, ese recuerdo no me es menos doloroso que á tí. ¡Cada vez que me acuerdo de aquel pobre joven, con quien me iba yo por las mañanas á buscar plantas raras por la sierra, y á quien llegué á cobrar un afecto tan sincero...!

CLOT. ¡Qué fin tan desgraciado!

MON. ¡Y tan necio! ¡matarse, y sin saberse por qué!

CLOT. A mí me aseguraron que una pasión.

MON. ¡Mayor necedad aún!

CLOT. ¿Qué?

MON. ¡Digo que esa es mayor necedad!

CLOT. ¡Ah! porque no comprendes toda la extensión de ese sacrificio. Tú no serías capaz de matarte por una mujer.

MON. ¡En mi vida!

CLOT. ¡Ni aun por la tuya!

MON. Mucho lo sentiría á lo menos, y ella también me parece. Porque al fin yo les pondría un dilema á esos locos... O la mujer á quien quiero ha de sentir mi muerte, y en ese caso soy demasiado galante para darle semejante sentimiento, ó mi muerte ha de serle indiferente, en cuyo caso es preciso ser muy necio para proporcionarla una diversión tan cara.

CLOT. Todo eso estuviera bien, si el que quiere de veras pudiese razonar.

MON. ¿Y por qué no? Por lo mismo que quiero á mi mujer y á mis hijos, me hago otra cuenta muy distinta, y digo para mí: «Más útil les he de ser viviendo que después de muerto, y por lo tanto vivamos.» Vamos á ver, á tí, por ejemplo, ¿qué te falta? ¿Hay en todo París una sola mujer de un agente

de negocios más feliz que tú? ¿No está siempre á tu disposición la llave de mi gaveta? No faltas á los teatros, te abonas á la ópera, asistes á los bailes.

CLOT. No digo que no...

MON. Tienes quien te sirva, quien adivine tus pensamientos. Tu marido es tu primer criado. En una palabra, querida mía, ¿no es verdad que no acertarías á vivir sin mí? Por mi parte te confieso que si llegases á enviudar, lo sentiría aún más por tí que por mí.

CLOT. Nunca he dicho que no seas excelente marido ..

MON. En eso fundo mi vanidad: por lo tanto, no hablemos más del asunto: mira, para disipar tu tristeza ven á disfrutar de esta hermosa vista, y á respirar el aire fresco del río. (*Abren el balcón y sale afuera.*)

ESCENA II

MONVEL, en el balcón; CLOTILDE, FERNANDO

CLOT. (*Viendo á Fernando, que aparece en el fondo con una carta en la mano.*) ¡Dios mío!

FERN. (*En voz baja.*) ¡Chis! (*Le enseña la carta, suplicándola con los ademanes que la reciba.*)

CLOT. ¡Otra vez!

MON. (*Volviéndose.*) ¿Qué? (*Fernando ha desaparecido.*) ¿Hablabas conmigo?

CLOT. (*Turbada.*) ¡Yo! te preguntaba si veías...

MON. (*Siempre en el balcón.*) Sí, estaba mirando un carruaje que ha venido por el camino de París, y que ha parado á la puerta de la fonda: aguarda... una señora se apea... ¡buena traza! (*Saca su anteojito.*) Veamos... ¡Hola! ¡diantres! se me figura... sí, ella es. ¡Ah, ah, ah! á qué no sabes...

CLOT. ¿Quién?

MON. ¡Qué agradable sorpresa! imposible que adivines...

CLOT. (*Queriéndose asomar.*) Acaba. ¿La conozco?

MON. Yo lo creo; una compañera de colegio, una viudita...

CLOT. ¡Hortensia!

MON. ¡Cabal! á lo menos tal me parece.

CLOT. ¡Es posible! ¿Qué vendrá á hacer á Ruan, sola?... ¡Querrá que la vean! si yo supiera... iría...

MON. Deja; parece muy ocupada en hacerse cargo de sus efectos. ¡Oh! soy demasiado galante para dejarla... Voy á ver si es ella efectivamente, y te la traigo.

CLOT. Espera: ¡te vas! iremos...

MON. ¡Esa es buena! ¡Tienes miedo! ¿á qué has de venir? ¡Y si no es! Vuelvo. (*Sale corriendo.*)

ESCENA III

CLOTILDE, después FERNANDO

CLOT. ¡Me deja sola! Y si viene el otro entretanto... ¡Dios mío! ¡aquí está ya!

FERN. (*Después de haber registrado con la vista el paraje por donde se fué Monvel, y entrando precipitadamente.*) Por piedad, señora, dígnese usted recibir esta carta.

CLOT. No, caballero, no; jamás. Seguramente no sé cuándo he dado lugar á un paso...

FERN. Fuerza era escribir á usted, señora, puesto que se negaba á escucharme. Llego á Bolonia pocos días antes de su partida, tengo la dicha de hallar ocasiones en que hablar á usted á solas, y usted burla constantemente mis esperanzas, eludiendo una explicación... Asombrado de esta partida precipitada, todo lo que he podido hacer ha sido buscar un caballo, y seguir desde Bolonia su carruaje de usted.

CLOT. Lo sé, caballero; le he visto á usted, y me ha parecido muy mal... seguramente, caballero, no puedo comprender la conducta de usted, ni menos las esperanzas que ha concebido.

FERN. Mi conducta dice usted... lo confieso, es la de un loco; de un loco que se ha atrevido á poner los ojos en usted, sin que usted le haya dado el menor motivo, es verdad... es culpable mi conducta; pero ¡ah, señora! no me pida usted razón, no me pida usted virtudes; pídamela usted amor y nada más. Mis esperanzas, señora, arrojarlas á sus pies é implorar su compasión. Nunca tuve otras.

CLOT. Seguramente, un loco, dice usted bien... porque en fin, caballero, no conozco á usted.

FERN. ¡Ah! si no es más que eso... no debo ser un extraño para usted; enlazado con una familia á quien usted trata, pariente de una de sus mejores amigas, que me ha hablado tantas veces de usted...

CLOT. (*Asustada.*) ¡Alguien viene! (*Pasa á la izquierda de Fernando.*)

FERN. (*Vivamente.*) No, nadie; y por lo que hace á mi discreción, señora...

CLOT. (*Vivamente.*) ¡Oh! ¡mi marido va á volver!

FERN. Lo sé, y por lo mismo, señora...

CLOT. Déjeme usted. ¡Tiemblo!

FERN. Puesto que usted no quiere oírme...

CLOT. ¡Imposible!

FERN. (*Presentándole la carta.*) Leerá usted esta carta..

CLOT. Jamás. Tanto valdría escuchar á usted.

FERN. ¿Se niega usted? Usted cree que esta pasión es hija de un capricho, que el tiempo bastará á desvanecer. ¡Oh! no. ¡Pluguiese al cielo, señora! pero es un amor verdadero, profundo, eterno; es una de esas pasiones que hacen época en la vida, que la embellecen ó la manchan para siempre: ¡una de esas pasiones que hacen á un hombre capaz de todo para conseguir el corazón de una mujer!!

CLOT. (*Con viveza.*) ¡Oigo la voz de Hortensia! ¡Si mi marido me viese de esta suerte, sola con un extraño! ¡Oh, retírese usted, caballero, se lo ruego á usted! (*Sale corriendo al encuentro de Hortensia por la puerta del fondo.*)

FERN. (*Siguiéndola.*) Una palabra, una palabra no más. (*Se detiene en la puerta.*)

ESCENA IV

FERNANDO. (*Vuelve hacia las candilejas, estrujando la carta.*)

¡Y me quedo con la carta! una carta en que había agotado toda mi elocuencia. ¡Esta es la quinta ocasión que pierdo! Empiezo á creer que... pero no, por vida mía: no he de salir de aquí sin que me haya dado oídos, sin que me haya contestado. Gente sube... salgamos á ese balcón; esto es una fonda, esta es una pieza de paso. ¿Quién sabe si otra casualidad como la pasada? Aquí están. (*Pasa al balcón y le entorna desde afuera.*)

ESCENA V

HORTENSIA, CLOTILDE, MONVEL

(Clotilde y Hortensia entran abrazadas todavía. Monvel trae varios paquetes. Una camarera le sigue con otros mayores.)

HORT. ¡Qué sorpresa tan agradable, querida Clotilde!

MON. No podía haberla mayor para nosotros.

CLOT. (*Mirando en derredor.*) (Marchó. Respiro.)

HORT. (*A la camarera, indicando la puerta de la izquierda.*) Entre usted esos paquetes, en el número 6; ese es mi cuarto.

MON. (*Con una caja de caoba en la mano.*) ¿Y esta caja tan pesada?

HORT. (*Sonriéndose.*) No es de mi uso; es de mi hermano Fernando, que me la encargó. Son unas pistolas de casa de Delpire. (*A Monvel.*) Encima de esa mesa. (*Monvel pone la caja sobre la mesa, y pasa á la derecha de Hortensia.*)

MON. ¿Es decir que espera usted á su hermano?

HORT. Debemos reunirnos aquí, en Ruan; yo vengo de París y él de Bretaña, ó qué sé yo de dónde; porque, sea dicho de paso, es el mayor calavera que hay en Francia; (*A Clotilde.*) por lo demás un joven excelente, que te presentaré, porque arde en deseos de conocerte, y que está enamorado de tí sólo por mis relaciones.

MON. ¡Diantre! ¡no tiene mal gusto el picaruelo! Eso sólo hace su elogio. Y confieso que para mí ya es una recomendación el querer á mi mujer. Pero ahora me ocurre que ustedes querrán charlar; estorbo, ¿no es verdad? ¡Ya se ve! dos amigas antiguas que han estado tanto tiempo sin verse... (*A Hortensia.*) Usted tendrá que atender á mil cosas.

HORT. Usted no puede estorbar nunca.

MON. ¡Bah, bah! fuera cumplimientos. Ya sabe usted que un marido siempre... Voy á hacer algunas compras para mi mujer.

CLOT. ¿Te vas decididamente?

MON. No tardaré.

ESCENA VI

HORTENSIA, CLOTILDE

HORT. ¿Sabes que tu marido parece un excelente sujeto?

CLOT. Sí, adivina todos mis pensamientos; nos deja solas. (*Cogiendo con las suyas las manos de Hortensia.*) Querida Hortensia, ¡cuánto tiempo hacía que no nos veíamos! Desde el colegio, casi. ¡Y de entonces acá qué de acontecimientos!

HORT. Es verdad. Las dos nos hemos casado. Tú con un agente de negocios, con Monvel.

CLOT. ¡Y tú con Varennes, un coronel! ¡Cuánta mejor suerte te cupo, y qué dichosa debes de haber sido!

HORT. No sé qué te diga; en los ocho meses que ha vivido mi marido, algunas veces he echado de menos el tiempo en que era soltera.

CLOT. ¿Es posible?

HORT. No hablemos más de eso; se acabó, ya soy viuda.

CLOT. Y con aspirantes de nuevo á tu mano, supongo.

HORT. No diré que no; uno tengo sobre todo, amable, rico; un joven negociante del Havre, por quien se empeña toda mi familia. pero, si he de decir la verdad, todavía no me he decidido.

CLOT. ¿Por qué?

HORT. Porque me quiere demasiado.

CLOT. ¿Es posible?

HORT. ¡Una pasión, un delirio, un volcán!!!

CLOT. ¿Y esa tacha le pones?

HORT. En un marido, seguramente.

CLOT. ¡Ojalá que el mío tuviera ese defecto!

HORT. Te tendría lástima. En el matrimonio es preciso contar con cualidades que resistan, que duren, y las grandes pasiones pasan pronto; al paso que una condición apacible en todos tiempos es buena. Monvel, por ejemplo, me parece un modelo de maridos, bueno, amable, complaciente.

CLOT. No digo que no; me quiere, es verdad, pero con un amor tan llano, tan tranquilo; es todo un agente de negocios. Se le pasan los días hablándome de sus clientes y de sus asuntos. Seguramente no es eso lo que yo me había figurado: yo hubiera querido un compañero que me hubiese adorado, tierno, galán, que me hubiera hablado de su pasión, que me hubiera hecho versos.

HORT. ¿Estás en tu juicio? ¿Un agente de negocios? Si no tienes por cierto otros cuidados...

CLOT. ¡Ah! ¡ojalá! Pero hace unos días, en vano trato de ocultárselo á mi marido, tengo un sentimiento...

HORT. ¿Por qué?

CLOT. Es una aventura, querida Hortensia.

HORT. ¿Una aventura? ¿y no me decías nada?

CLOT. (*Bajando la voz.*) Un joven que ha dado en quererme y en perseguirme, que me ha hecho una declaración en Bolonia, que nos ha seguido hasta aquí á caballo, y que, no há mucho todavía, quería hacerme aceptar aquí mismo una carta.

HORT. (*Soltando una carcajada.*) ¡Ah, ah, ah! ¡Y con qué seriedad me lo cuentas! ¿Qué te espanta en todo eso? Cuando esos caballeros se empeñan en enamorarse, ¿hay más que oírlos y reírse? Es divertidísimo.

CLOT. (*Serriamente.*) ¿Divertido? Todo menos

eso, para mí al menos. En cuanto veo que uno fija los ojos en mí, el miedo se apodera de mi corazón, y te aseguro...

HORT. ¿El miedo? ¿miedo sin duda de hacerle desgraciado? En eso te reconozco; inocente siempre, pero sin mundo: con un corazón demasiado bueno para vivir en sociedad.

CLOT. (*Estrechando su mano y con tono sentimental.*) ¡Ah, querida Hortensia! ¡Cuando una tiene ya sobre su conciencia la muerte de un hombre!

HORT. (*Asustada.*) ¡Dios mío! ¿qué dices? ¡La muerte de un hombre! ¡explícate, por Dios!

CLOT. Temo...

HORT. ¿Qué? estamos solas; habla.

CLOT. (*Mirando en derredor.*) Dices bien; nadie puede oírnos. Hace dos años, en las aguas de Bañeras... asistía á ellas un joven á quien nadie conocía; su viaje no tenía objeto conocido; nadie sabía su apellido; le llamaban Eduardo. Mi marido se había hecho muy amigo suyo, porque le acompañaba en sus paseos de madrugada, y no



había echado de ver que me galanteaba.

HORT. ¿Y no convienes conmigo en que es un excelente marido?

CLOT. Pero yo bien claro veía que me amaba; me lo decía todos los días con un tono tan sincero, tan apasionado... Ya supones que ni quise responderle, ni aun darle oídos.

HORT. Claro está.

CLOT. (*Enterneciéndose gradualmente.*) Un día por fin le ví pálido, agitado, descompuesto; se echó á mis pies, y me rogó, me suplicó con los ojos cuajados en lágrimas; me despedazaba el corazón. Resistí sin embargo, no tuve compasión. Se levantó entonces, díjome que, despreciado por mí, la vida le era enojosa, que sólo anhelaba la muerte: se alejó, ¡y mis labios no se abrieron para llamarle! Al día siguiente, querida Horten-

sia, el diario de Bañeras dió la noticia de que el desdichado había puesto término á su vida. Una carta que había dejado á su criado le daba cuenta de tan espantoso designio; en balde se practicaron escrupulosas investigaciones en la sierra, hacia donde le habían visto encaminar sus pasos... no se halló de él sino su sombrero á orillas de un precipicio.

HORT. ¡Qué aventura, Dios mío!

CLOT. ¡Se había dado la muerte por mí, Hortensia, por mí!

HORT. ¿Sabes que eso es espantoso y que podía haberte comprometido? ¡Fué una imprudencia por cierto imperdonable!

CLOT. (*Con entusiasmo.*) ¡Una imprudencia! ¡el acto mayor de valor, el más sublime! ¡era preciso querer bien de veras para eso! ¡era

preciso abrigar una alma fuerte, generosa, heroica!

HORT. Vamos, ahora será un héroe; ¡ahora va á tener todas las virtudes imaginables porque ha muerto!

CLOT. ¡Desdichado! ¡Ah! si yo hubiera podido adivinar...

HORT. (*Con viveza.*) ¿Qué?

CLOT. Nada, nada contra mi deber; pero acaso una palabra sola hubiera bastado...

HORT. (*Meneando la cabeza.*) Una palabra.... no siempre; no siempre; ¿quién sabe?

CLOT. ¡Ah, cualquiera cosa es mejor que una muerte!

HORT. Con todo, querida Clotilde...

CLOT. (*Con bondad.*) ¡Ah! y no sólo por ellos; pero tienen madre, hermanos, familia...

HORT. Sí, pero nosotras tenemos maridos...

CLOT. (*Con impaciencia.*) ¡Los maridos no se matan nunca!

HORT. ¡Pues no faltaba otra cosa!

CLOT. Con todo, tú debes comprender qué remordimientos, qué tristeza han debido quedarme. Hortensia, Hortensia, bastante es ya la muerte de uno. ¡Oh! te juro que no tendría valor para exponerme á otro lance semejante. (*Fernando entreabre el balcón, manifiesta en sus gestos haberlo oído todo, y se sale en puntillas.*)

HORT. Pero en fin, ¿y tu desconocido de Boloña? Supongo que no se querrá matar también.

CLOT. ¡Oh! En vista del recibimiento que le he hecho esta mañana, estoy segura de que ha renunciado á sus ideas, y de que habrá marchado; de todas suertes, estoy bien decidida á desengañarle.

HORT. Bien, Clotilde. Estimo demasiado á tu marido, á tí misma, para...

CLOT. Querida Hortensia, siempre buena, siempre virtuosa. Pero te entretengo hablándote de mis penas, acaso necesites descanso.

HORT. No por cierto; voy á entrar en mi cuarto para vestirme; espero á mi hermano, que no puede tardar.

CLOT. ¿Vas á engalanarte para recibir á tu hermano?

HORT. ¿Quién sabe si espero á alguien más...? No te he dicho que voy al Havre, y podría acontecer, aunque yo lo he prohibido expresamente, que saliesen á mi encuentro hasta aquí.

CLOT. ¡Veinticuatro leguas para verte algunas horas antes! ¡Eso es amor!

HORT. Es impaciencia, y nada más. Antes de casarse andará cien leguas por ver á su mujer, y después no dará tal vez veinte pasos para llevarla á un baile.

CLOT. ¡Ah! en cuanto á eso, mi marido me llevaría todas las noches si yo quisiera.

HORT. ¿Y te quejas? (*A media voz.*) Créeme, Clotilde, jamás encontrarás otro mejor: adiós, adiós; da un abrazo á tu marido de mi parte.

CLOT. De buena gana. (*Hortensia se entra en su cuarto.*) Voy á mi cuarto también. Acaso me esté esperando ya.

ESCENA VII

CLOTILDE, después FERNANDO

(A tiempo que se dirige hacia la puerta de la derecha, ve á Fernando, que entra con el pelo y el vestido descompuestos.)

CLOT. ¡Él es! ¡Todavía aquí! ¡Y estoy sola...! Démonos prisa...

FERN. ¡Un momento!

CLOT. ¡Qué agitado parece!

FERN. Me había puesto ya en camino, señora; me alejaba de esta ciudad...

CLOT. Estaba segura de ello.

FERN. De esta ciudad, donde me esperaba una hermana idolatrada...

CLOT. ¿Qué dice usted?

FERN. Que soy hermano de Hortensia, señora, de su amiga de usted...

CLOT. ¡Dios mío! voy á avisarla...

FERN. (*Deteniéndola.*) Es inútil... no he vuelto por ella, sino por usted, por usted sólo, á quien he querido volver á ver por última vez... «¿Es posible, me dije á mí mismo, que tanto amor no halle compasión en su pecho?... si vuelve á despreciarme, como esta mañana, como ayer, como siempre, sea en buen hora, me alejaré sin quejarme, y no volverá jamás á oír hablar de mí... pero esta vez mi voluntad será irrevocable como la suya, y realizaré mi proyecto.»

CLOT. No comprendo... no me atrevo á... Pero usted sabe, caballero, que yo no puedo dar oídos á usted, que mi marido...

FERN. ¡Su marido de usted! ¡Ah, palabra maldicienda! he ahí la idea que me ha exasperado; esa palabra que no há mucho, y después de nuestra última entrevista, ha venido á interponerse como una barrera invencible entre mi amor y la felicidad que había soñado... La única mujer á quien pueda amar, la mujer de quien pende mi porve-

nir, la veo en poder de otro, y de otro, ¡santo Dios! á quien ama; sí, le ama, pues que por él me desprecia y me condena á la muerte... esta idea, señora, es espantosa. Desde entonces no he tomado consejo sino de mi desesperación... y esa desesperación, señora, no me da más que uno, no sabe inspirarme sino una determinación.

CLOT. ¡Desdichado!

FERN. ¿Qué me importa ya una vida sin esperanza y sin objeto? Mi vida es usted... ¡y usted no quiere que viva!

CLOT. Sosiéguese usted, reflexione usted... (No sé qué decirle.) (*Alto y con viveza.*) ¡Oh! míreme usted, yo se lo suplico, en nombre de esa misma hermana que tanto le quiere.

FERN. Sí, y yo también, deidad de mi existencia, te lo suplico en su nombre... ídolo de mi vida, tú sola puedes salvar á su hermano. ¡Tu amor, bien mío, ó la muerte!

CLOT. ¡Dios mío! ¡pobre Hortensia! ¡sola en el mundo, sin más que este hermano!!! (*Volviéndose y viendo á Fernando, que abre la caja de las pistolas que había quedado sobre la mesa.*) ¿Qué hace usted?

FERN. (*Que se ha apoderado de una pistola.*) Ese silencio es mi sentencia...

CLOT. ¡Yo desfallezco!

FERN. (*Desesperado.*) ¡Deseas mi muerte!

CLOT. ¡Insensato!

FERN. (*Desesperado.*) ¡Usted la exige!

CLOT. (*Abalanzándose hacia él.*) No, no; jamás, ¡al contrario! Porque, en fin, ¿qué quiere usted? ¿qué exige?

FERN. (*Acercándose rápidamente.*) ¿Qué exijo? ¡Ah! un sacrificio harto corto... un momento sólo de conversación, una entrevista no más.

CLOT. ¡Pero mi marido va á volver!

FERN. Pues bien, luego, en esta misma pieza, á las cuatro, cuando su marido de usted no esté... yo me encargo de alejarle de aquí.

CLOT. Y bien, ¿y qué?

FERN. Prométame usted tan sólo que me oirá sin enojo; nada más... un amor como el mío no puede exigir más.

CLOT. (Al menos no es exigente... ¡Oh! ¡el otro era otra cosa!) (*Alto.*) ¿Y á ese precio consiente usted en entregarme esas armas...?

FERN. Ahora mismo.

CLOT. Démelas usted. (*Fernando se adelanta presentándole la caja de las pistolas. Clotilde retrocede asustada.*) ¡No, no! no me

las dé usted... Cierre usted la caja, y llévelas usted mismo á esa papelerera.

FERN. Obedezco... (*Lleva la caja á la papelerera, y se aleja. Clotilde corre hacia la papelerera y la cierra.*) ¿Qué hace usted?

CLOT. La cierro y guardo la llave. (*Pone la llave en su cinturón.*) Ahora ya estoy más tranquila.

FERN. ¿No olvidará usted la palabra?...

CLOT. ¡Dios mío! ¿qué estoy haciendo?

FERN. ¡Señora!

CLOT. Lo he prometido, bien, lo he prometido; pero... déjeme usted ahora. (*Escapándose hacia su cuarto.*) ¡Dios mío, protegedme!

FERN. (*Viéndola marchar.*) ¡A las cuatro! (*Saludándola.*) (*Se cierra la puerta tras Clotilde.*) A las cuatro; consintió. ¡Oh! ¡excelente recurso! En lo sucesivo no he de usar de otro. Las mujeres tienen sus ataques de nervios para su uso particular; justo es que también nosotros tengamos alguna cosa.

ESCENA VIII

SAUVIGNY, FERNANDO

SAU. ¡Maldito postillón! ¡Hemos perdido medio día!

FERN. ¿Quién llega? ¡Sauvigny! ¡nuestro enamorado del Havre, mi antiguo compañero de colegio!

SAU. (*Corriendo á abrazarle.*) ¡Querido Fernando! ¿Hace mucho que habéis llegado?

FERN. Yo hace algunas horas, pero mi hermana ahora mismo.

SAU. ¿Y yo no estaba ahí para recibirla, para ofrecerle el brazo? Estoy desesperado.

FERN. ¿Por qué?

SAU. Desesperado. Tanta prisa le quise dar al postillón, que nos ha hecho volcar... una rueda se ha hecho pedazos, un caballo se ha estropeado, y se ha perdido una mañana... ¡Hay suerte más desdichada!

FERN. Para el caballo, sobre todo.

SAU. ¡Ah! para mí, para mí, que contaba con llegar mucho antes que Hortensia... ¡tengo tan pocas ocasiones de probarle mi amor, y ella es tan incrédula!

FERN. ¡Qué disparate! Mi hermana está persuadida de que la adoras; se lo he dicho yo cien veces...

SAU. En ese caso, ¿por qué no se decide en fin?

FERN. ¿Por qué? ¿por qué? porque le ha ido mal

con su primer marido, que la adoraba, y desconfía de las grandes pasiones, y de su duración sobre todo... Teme tu mudanza.

SAU. ¿Yo mudar? ¡Ah! bien claro se deja ver que no me conoce... ¡mudanza en mí! cuando yo llegue á querer, Fernando, es para siempre; tu hermana en fin es la única mujer á quien he querido.

FERN. (*Con frialdad.*) Lo creo.

SAU. Cien veces se lo he dicho, y se lo he jurado... es la verdad.

FERN. ¿Y á mí me lo dices? ¿Qué me importa? eres buen muchacho, correspondido; eso es cuanto yo necesito en un cuñado; mi hermana se casará contigo.

SAU. ¿Tú me lo aseguras?

FERN. Yo respondo. Y si tardase en decidirse, yo te enseñaría un medio...

SAU. ¿Cuál?

FERN. Un medio que acabo de descubrir, una receta que es probada con las mujeres.

SAU. Acaba.

FERN. Pero es fuerza usar de ella con discreción: te lo diré, sin embargo, previa una condición.

SAU. (*Con viveza.*) Acepto desde luego.

FERN. Un favor que me has de hacer.

SAU. ¿Dinero? ¡mi bolsillo está abierto para tí!

FERN. No.

SAU. Entre cuñados...

FERN. No se trata de eso, en otra ocasión no digo que no ocurra... es posible; pero por ahora no es eso lo que me inquieta, sino un marido.

SAU. ¿Un marido?

FERN. A quien es preciso desviar de aquí por un rato, y cuento contigo.

SAU. ¿Conmigo, que estoy sin ver todavía á tu hermana?

FERN. Se está vistiendo, y no puede recibir ahora; además no ha de ser ahora mismo precisamente, sino á las cuatro. Todavía no pueden ser.

SAU. ¿Y dónde le he de llevar?

FERN. Adonde quieras, á ver los muelles, la catedral, las curiosidades del pueblo, ¡qué sé yo!

SAU. Pero, hombre, ese marido, no conociéndole siquiera...

FERN. Pues ahí está el mérito. ¿Y qué importa, hombre? todos los maridos se parecen... ¡Oh! ¡y éste ofrece además una ventaja incalculable! es agente de negocios: tienes más que hablarle...

SAU. Fernando, ¿en conciencia, puedo yo cooperar á burlar á un marido, estando en vísperas?...

FERN. ¡Hoy todavía sí! y en rigor hasta que, tráfuga decidido, te hayas pasado á las filas enemigas. ¡Pero aquí viene!

ESCENA IX

MONVEL, FERNANDO, SAUVIGNY

MON. (*Con varios paquetes.*) ¡Qué contentas se van á poner mi mujer y mi hija! Les he comprado los dos vestidos más bonitos... (*Saluda á Fernando, y se acerca después hacia Sauvigny.*) ¡Qué veo! ¿Estoy yo despierto? ¿Es posible?

SAU. (*Corriendo hacia él.*) ¡Señor Monvel!...

FERN. ¿Le conoces?

SAU. Sí, amigo mío, sí.

MON. (*Estupefacto.*) ¿Usted, Sauvigny, á quien creíamos muerto?

FERN. ¿Cómo?

MON. La carta que usted dejó... su desaparición de Bañeras...

SAU. ¡Ah! me recuerda usted...

MON. ¿Con que no fué cierto? ¿vive usted todavía? Este incidente me colma de alegría; le quería á usted como á un hermano; ¿usted sabe el sentimiento que nos dió? Abraze usted, amigo, abraze usted. ¡Vea usted! ¡qué diablo! ¡un hombre que vive todavía!

FERN. ¡Magnífico!... ¿son ustedes conocidos antiguos?... (*Bajo á Sauvigny.*) Ahora ya puedes llevarle... á las cuatro, ¿eh? (*Alto.*) Adiós, voy á ocuparme en tus intereses; no olvides los míos.

ESCENA X

MONVEL, SAUVIGNY

MON. ¡Vaya, vaya! Déjeme usted, hombre, que lo mire á usted otra vez. ¡Usted á quien todos habíamos llorado en Bañeras por muerto... usted, cuyo suicidio, de cuya muerte incontestada nos dieron tan minuciosos detalles los periódicos! ¡Es cosa prodigiosa! ¡Es cosa de poner el grito en las nubes!...

SAU. (*Con viveza.*) ¡Al contrario! y ruego á usted que no miente semejante aventura... sobre todo aquí.

MON. ¿Por qué? ¡Un suicidio por amor!

SAU. Auto en favor, eso me perdería, desbarataría tal vez mi boda.